



«Y EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO»

(III Semana – Cuaresma 2013)

El orden de la exposición del credo sigue normalmente el itinerario del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús de Nazaret, proclamado por los cristianos Cristo, es decir, Mesías, Señor e Hijo de Dios.

Formulémonos algunos interrogantes para orientar la reflexión:

¿Cuál es la historicidad de los relatos que nos cuentan la vida de Jesús? Esta cuestión, a la orden del día desde hace ya dos siglos entre los exégetas, se ha hecho hoy de dominio público. Periódicamente revistas y publicaciones dan noticia del descubrimiento de algún documento nuevo, o de los resultados de ciertas investigaciones arqueológicas, sostenidos a veces con alfileres. Estos descubrimientos nos invitan a reconsiderar todo lo que hasta ahora se sabía de la historia de Jesús. Se impone por tanto profundizar lo relativo al problema de la historia de Jesús, con el fin de permitir al creyente y al que se interroga sobre la fe, orientarse y encontrar referentes clarificadores.

Jesús entró en la historia como un hombre. ¿Cómo llegaron sus discípulos, no sólo a otorgarle su fe, sino incluso a proclamarlo Cristo y Señor? Implica evidentemente la pedagogía de Jesús, que no hizo que se reconociera su identidad al término de una serie de lecciones escolares y teóricas, sino partiendo de una convivencia a lo largo del tiempo.

Los evangelios de Mateo y Lucas, por otro lado, comienzan con relatos de la infancia de Jesús, en los que lo maravilloso parece omnipresente y que coinciden en la afirmación de la concepción virginal de Jesús, es decir, de que María engendró a Jesús sin intervención de ningún varón. Una sana pedagogía de la fe no debe comenzar pues por la afirmación de la concepción virginal. Son muchas las razones, incluso bíblicas, que invitan a abordar este tema después de haber hablado de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús. Estos relatos, en efecto, se escribieron después de la resurrección. Se beneficiaron de la intensa luz que esta proyecta sobre la intensidad de Jesús y la totalidad de su itinerario.

Después de la presentación de la historia y del itinerario público de Jesús, podremos abordar el momento crucial de su existencia: su pasión y muerte primero, y su resurrección después. Esta muerte en cruz, bien atestiguada históricamente, da lugar sin embargo a un interrogante radical: ¿por qué? ¿Por qué la salvación de la humanidad pasa por esta muerte ignominiosa? Pero, ¿se pueden aceptar hoy ciertas interpretaciones sacrificiales de esta muerte, que hacen de Jesús alguien castigado por su Padre Dios? Pero entonces, ¿cómo nos salva Jesús?

En cuanto a la resurrección de Jesús, constituye el centro de la fe cristiana y el centro del credo. Es también lo que plantea mayores dificultades de comprensión, En ella, puede decirse, se juega la fe entera. Es la «cuna» de la confesión cristiana de Jesús como Hijo de Dios. Por otro lado, los discípulos habían vivido con Jesús antes de la resurrección y su itinerario de fe había empezado en su convivencia con el hombre Jesús. Fue durante esta vida en común como fueron descubriendo progresivamente el «misterio» divino de su personalidad. Esta fe incipiente fue sometida a dura prueba por el acontecimiento de la cruz. Necesitaron la resurrección y pentecostés para llegar a una fe completa. Creyeron en la resurrección porque era la resurrección de un hombre que conocían, y porque esta resurrección venía de algún modo a respaldar definitivamente el sentido de la vida de Jesús. El hombre de hoy, sobre todo el que se interroga sobre la fe o se acerca a la fe, necesita de este tiempo de reconocimiento del hombre Jesús.

¿Es creíble la resurrección? ¿Qué es lo que se quiere decir exactamente con la palabra «resurrección»? ¿Qué se puede decir de ella desde el punto de vista de la historia? ¿Qué parte tiene en ella el acto de fe?